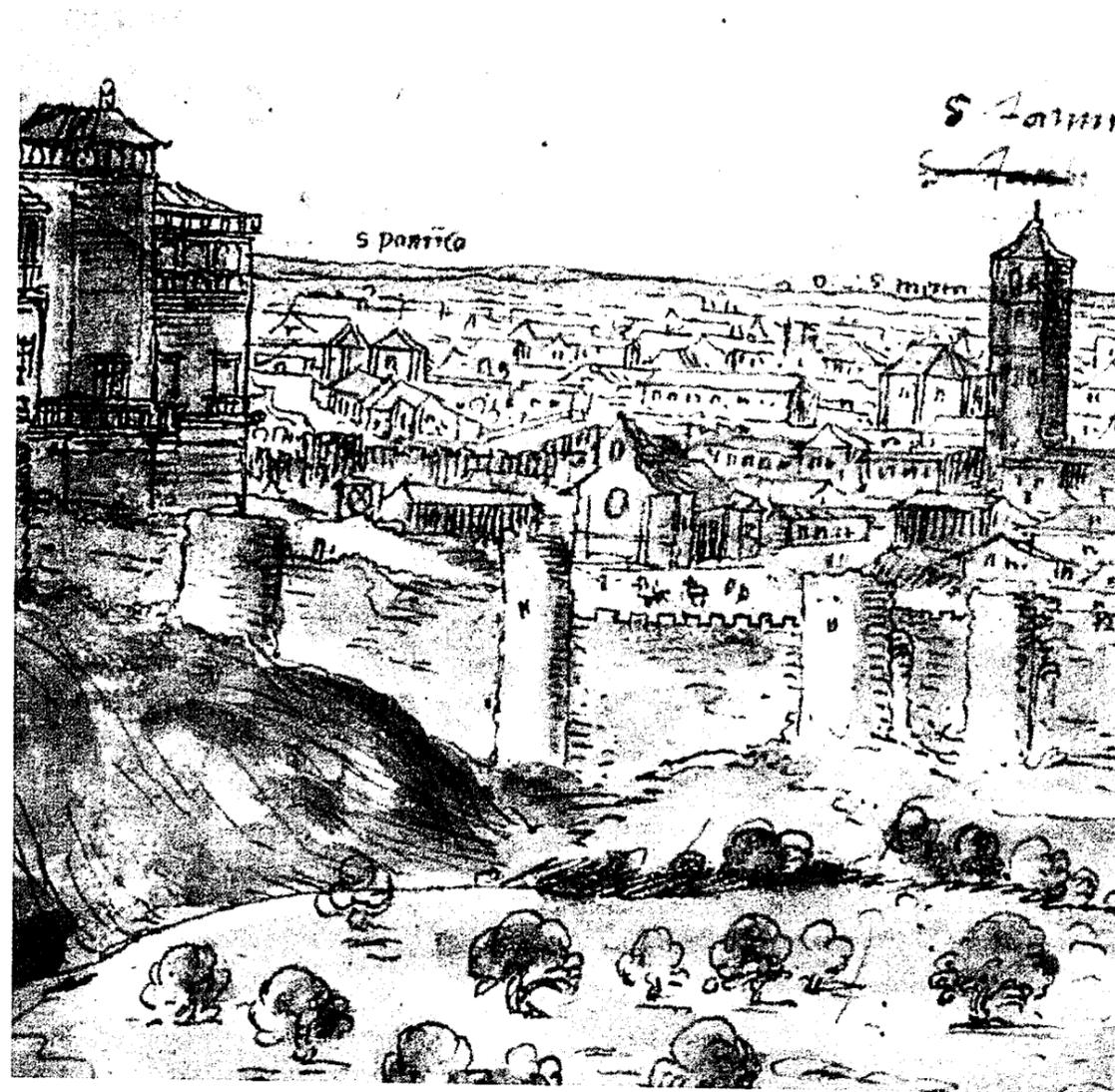


EL CONVENTO DE FRANCISCANOS DESCALZOS DE SAN GIL EL REAL DE MADRID

José Martínez Peñarroya
Arqueólogo



VISTA DE MADRID (DETALLE), ANTON VAN DER WYNGAERDE, 1562.

LA EXCAVACIÓN ARQUEOLÓGICA REALIZADA sobre el área sur de la zona central de la Plaza de Oriente, así como en uno de los sectores de la calle Bailén, ha sacado a la luz parte de la iglesia y convento de San Gil el Real. Éste se hallaba situado a oriente del primitivo Alcázar de Madrid y posteriormente del nuevo Palacio Real. Sin embargo, debido al arrasamiento de las edificaciones que ocupaban la actual plaza, producido a principios del siglo XIX, y a que parte del convento permanece intacto bajo uno de los jardines laterales, no ha sido posible documentar la totalidad del complejo a lo largo de los trabajos arqueológicos.

A pesar de todo, durante varios meses se estudiaron las estructuras aparecidas, documentándose parte de la cabecera de la iglesia, que estaría sobreelevada, y un serie de enterramientos. Estas estructuras, sin embargo, apenas se intuían debido al citado arrasamiento, conservándose en mucho casos unas cimentaciones de escasa potencia y muy deterioradas, con las que se ha podido simplemente determinar la planta aproximada de la cabecera del templo. Por otro lado, se hallaron otra serie de dependencias como la crujía norte del claustro, la cocina del convento sobre una bodega y el espacio destinado al huerto, en el que aparecieron numerosos pozos y silos.

Antecedentes históricos

La manzana sobre la que se hallaba esta fundación real, denominada 434 a partir de 1750, queda configurada como tal a inicios del siglo XVII, coincidente con la edificación del convento. Las tres partes en que podemos dividir el conjunto de esta manzana, iglesia, edificio conventual y huerta, han salido a la luz en el periodo de los trabajos de campo. No obstante no en toda la superficie de la manzana, y por ello de la totalidad del suelo del convento ha sido necesaria su excavación, quedando bajo los jardines de la actual Plaza de Oriente, mas de los dos tercios de los restos de la primitiva instalación.

Para explicar el origen de este convento hemos de retrotraernos al Madrid medieval y el entorno del antiguo Alcázar de la ciudad. Las sucesivas actuaciones urbanísticas que el centro de aquella villa medieval sufre, incidirán directamente sobre los edificios y calles de la

época. El primitivo emplazamiento de la parroquia de San Gil desde la baja Edad Media, la edificación de la nueva, a mediados del siglo XVI, la fundación del convento a inicios de la siguiente centuria, las reformas del mismo a lo largo de sus dos siglos de existencia y su posterior derribo para la explanación y construcción de la decimonónica Plaza de Oriente, son las sucesivas etapas en que podemos dividir la historia de este monumento desaparecido del centro de la ciudad de Madrid.

El origen de la iglesia de San Gil está en la primitiva parroquia de San Miguel de la Sagra, o San Gil, que se encontraba enfrente de la puerta principal del antiguo Alcázar de Madrid. Al menos desde el siglo XIII se cita como una de las parroquias principales de esta zona del Madrid medieval. Será durante el proceso de remodelación de la residencia palaciega ordenada por el Emperador Carlos I, cuando se lleve a cabo el derribo del antiguo templo y la traslación del mismo a un nuevo emplazamiento, condición impuesta por el Papa para consentir el derribo del antiguo edificio, que ya no tenía lugar en la creación de un amplio espacio abierto frente al remodelado palacio.

La obra de la nueva iglesia, para la que se adquieren terrenos en las inmediaciones del Alcázar, concretamente en su ángulo sudeste, se encomienda al entonces responsable de las obras de los alcázares de Madrid y Toledo, Luis de Vega. Según Veronique Gerard¹, siguiendo las instrucciones del propio maestro de obras citado, la antigua iglesia era de piedra, poseía una galería exterior y tenía una torre de ladrillo, donde se alojaban las campanas. El proceso de reforma de las calles circundantes al Alcázar supone la plasmación de una nueva fisonomía del entorno del mismo y su exposición general puede seguirse en la obra de Barbeito² y de Alvar Ezquerro³.

La edificación del nuevo templo parroquial se inicia el 14 de mayo de 1548, terminándose en junio del año siguiente. No disponemos de documentación histórica suficiente sobre las características de este primitivo templo, aunque contamos con algunos documentos gráficos sobre el mismo. De nuevo Veronique Gerard nos orienta sobre estos documentos que permiten acercarnos al primitivo aspecto de la iglesia de San Gil.

El primero de ellos es un dibujo de Anton van der Wyngaerde, (*Vista de Madrid*, hacia 1562, conservado en la Biblioteca Nacional de Viena⁴) y otro es el cuadro anónimo conservado en una colección particular de la localidad austriaca de Grez⁵ y que representa la procesión del infante D. Fernando el 16 de diciembre de 1571, que nos ofrece una visión del interior de San Gil. Donde se aprecia la existencia de pilares rectangulares de aspecto jónico que sostienen un sólido entablamento, no pudiendo apreciarse el tipo de cubierta de la nave central. También presenta en el lateral derecho columnas de capitel corintio que

1. GERARD, V. *De Castillo a Palacio. El Alcázar de Madrid en el siglo XVI*. Libros de Arquitectura y Arte. Xarait Ediciones. Bilbao, 1984, 182 pp.

2. BARBEITO, J.M. *El Alcázar de Madrid*. Madrid, 1992, 341 pp.

3. ALVAR EZQUERRA, ALFREDO. *El nacimiento de una capital europea. Madrid entre 1561 y 1606*. Turner Libros. Madrid, 1989, 340 pp.

4. CHECA, F. (dir.). *El Real Alcázar de Madrid. Dos siglos de arquitectura y coleccionismo en la corte de los Reinos de España*. Madrid, 1994, 532 pp.

5. GERARD, V., op. cit., p.39.

forman una galería exterior de arcos de medio punto y se menciona la existencia, tras el arco toral, de dos tribunas que siguen el eje longitudinal del coro, cerradas ambas por un basamento de piedra coronado a media altura por columnas. Sobre el entablamento de aquéllas, descansa una bóveda de cañón de artesones. La capilla mayor aparece iluminada por una rotonda con pequeños vanos. Según la autora se aprecia el nuevo lenguaje arquitectónico de la época en la obra de Luis de Vega

Las dimensiones de la iglesia, como ha demostrado la excavación arqueológica de la cabecera de la misma, eran reducidas, siendo quizás el esquema básico, según apunta la autora antes citada, la unión de una pequeña nave, con una capilla de mayores dimensiones y cubierta de tejas. El mobiliario interior completa algunos de los elementos trasladados de la anterior parroquia, realizándose otros nuevos como el retablo.

Durante el resto del siglo XVI San Gil se convierte pues en una de las parroquias cercanas a Palacio, como lo eran también Santa María y San Juan, siendo su población principal la de los nobles y aristócratas que vivían en las inmediaciones de la residencia real. Esto produjo que la población efectiva de cada una, y parece ser que en especial de San Gil, fuera bastante reducida, por lo que las fuentes de ingresos y la propia vida parroquial fuera bastante escasa. Ello provoca que ya en el reinado de Felipe III, a inicios del siglo XVII, se unan las parroquias de San Juan y San Gil, destinándose el antiguo solar de este último templo a convento de fundación Real.

En efecto, en 1606, el Rey Felipe III dona el edificio a los religiosos Descalzos de San Francisco, nombre con el que será conocido a partir de entonces. En éste momento además de sufrir la iglesia importantes transformaciones se amplía el área conventual, que se adaptaba a la planta de cruz latina que poseía la iglesia. Jerónimo Quintana relata la fundación el día 22 de marzo de 1606.

No será sin embargo hasta el día 26 de abril de 1613 cuando se inicien las obras, que se desarrollaron hasta 1615, encargándose de las mismas el entonces arquitecto del Rey, Juan Gómez de Mora, incluyéndolo también en el proyecto de las transformaciones del Alcázar. Queda pues patente el carácter real de esta capilla y su conexión con las vicisitudes y sucesivas reformas del Alcázar.

Virginia Tovar⁶ nos ofrece la descripción de la remodelación de la iglesia de San Gil, construyendo una sola nave con capillas, crucero cubierto con media naranja y presbiterio, cubriendo la nave con una bóveda de cañón con lunetos. También menciona que se realizó un coro alto situado a los pies de la nave, siendo uno de los primeros ensayos del emplazamiento de este elemento, que posteriormente sería habitual en su arquitectura. La autora cita las alabanzas que el autor recibió de sus contemporáneos por la construcción real.

6. TOVAR, VIRGINIA. *Arquitectura madrileña del siglo XVII. Datos para su estudio*. Instituto de Estudios Madrileños. Madrid, 1983, p.253.

Según Ponz⁷ el altar mayor estaba compuesto de varios cuerpos con adorno de columnas, y resultando notables las estatuas de la Crucifixión, San Juan y la Virgen. Destacaba la existencia de un cuadro situado en el centro que representaba a San Gil realizado por Vicente Carducho, así como una Concepción y un San Antonio de Padua. En el arco de una de las capillas existía una pintura de San Pascual, de Cardeño y un cuadro de la vida de San Pedro de Alcántara atribuido a Francisco Rodríguez de Miranda. Se menciona también que frente a la puerta de la iglesia está la capilla de la Orden Tercera, adornada con diseños de Ventura Rodríguez y en la bóveda hay pinturas de don Luis de Velázquez. Esta capilla pertenecía a una de las ordenes desgajadas del tronco franciscano, y que serán los últimos que abandonen el convento, cuando se planea su derribo.

De esta iglesia poseemos un mayor número de documentos gráficos sobre los que destacan algunos como la que aparece en un cuadro al óleo anónimo y denominado *El Alcázar de Madrid*, conservado en el Museo Municipal de Madrid y cuya datación parece posterior a 1677⁸, ofreciendo una vista lateral y lejana de la iglesia.

Es en la cartografía de la época donde mejor vemos reflejadas las características del entorno de la iglesia y convento de San Gil. En el plano denominado *La villa de Madrid, Corte de los Reyes Católicos de España*, realizado por Antonio Marcelli y grabado por F. de Wit en Amberes en 1622, conservado en Servicio Geográfico del Ejército, aparece con el número 63 y la leyenda «San Gil frailes descalzos franciscanos»⁹. En él vemos que toda el espacio septentrional y oriental es terreno abierto, incluso parece que no está cerrada la manzana hacia la llamada calle de la Parra

Posteriormente en la *Topographia de la Villa de Madrid, Descrita por D. Pedro de Texeira* (1656), grabado en veinte hojas y conservado en el mencionado Servicio Geográfico del Ejército¹⁰. Este mapa representa la mejor vista conservada del aspecto de la iglesia de San Gil, precisando más este espacio y confirmando la existencia de huerta, necesaria en todo convento franciscano. Aquí ya parece delimitado el perfil de la manzana, aunque es dudoso por la unión de dos de las hojas del plano, en el lugar exacto de la calle de la Parra.

Con el gran volumen de documentación generada gracias a la excavación arqueológica, junto a diferentes datos extraídos paralelamente de los archivos, se han podido establecer tres

momentos de reorganización espacial del convento: (fig. 1)

San Gil I, que correspondería con un espacio ocupado por la iglesia y una zona de huertos. El plano de Texeira representaría este momento inmediatamente posterior al traslado de la iglesia desde su antigua ubicación. (fig. 2)

San Gil II, cuando se convierte realmente en convento de frailes franciscanos y se edifican diferentes dependencias como: el claustro, los dos aljibes y demás salas y patios, cerrándose la esquina noroccidental del convento en un chaflán.

7. PONZ, ANTONIO. *Viaje de España*. Vol. 2, tomos V-VIII. Madrid, 1988, pp. 104105.
8. CHECA, FERNANDO, op. cit., p. 72.
9. MORA PALAZÓN, ALFONSO (Coord.). *Los Planos de Madrid y su época (1622-1992)*. Madrid, 1992, 547 pp.
10. MORA PALAZÓN, ALFONSO (Coord.). op. cit.

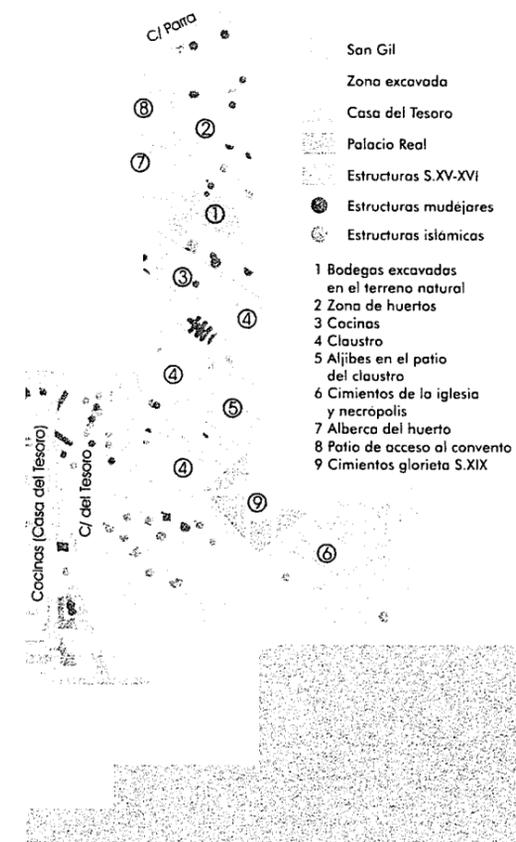


FIGURA 1
PLANIMETRÍA DE LA EXCAVACIÓN CORRESPONDIENTE AL CONVENTO DE SAN GIL.

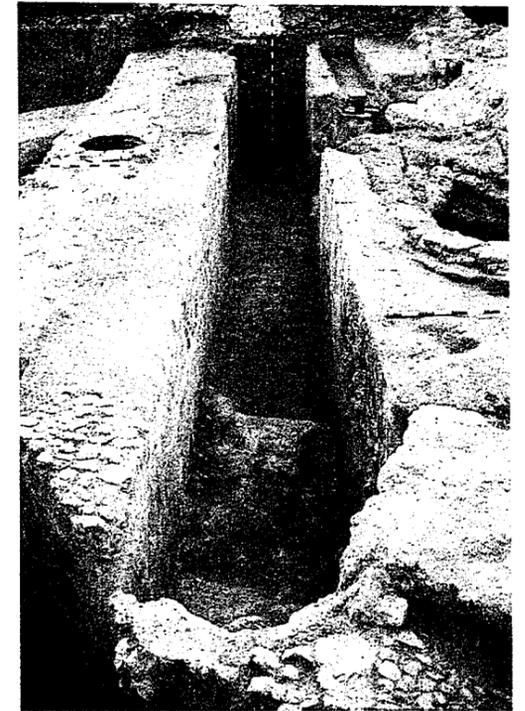


FIGURA 2
FACHADA NORTE DE SAN GIL. DE IZQUIERDA A DERECHA LAS CIMENTACIONES DE SAN GIL I, II, III.

San Gil III, fase de reformas producidas a consecuencia de la ampliación de la Calle del Tesoro, para lo cual fue necesario retranquear la fachada norte del convento.

Ya en el siglo XVIII contamos con el plano denominado *Madritum Sive Mantua Carpetanorum* realizado entre 1728 y 1736 por M. Sutter y conservado en el Museo Municipal, donde se representa una vista de la iglesia. Este grabado es de inferior calidad que el anterior y contiene algunos errores, como la denominación de la calle del Tesoro, como calle de San Felipe Neri. Confusa es la representación de la iglesia en el *Plan geométrico y histórico de la Villa de Madrid y sus contornos*, grabado por Chlamandrier en 1761 y conservado en el Servicio Geográfico del Ejército¹¹.

Será en el *Plano topográfico de la Villa y Corte de Madrid*, dibujado por D. Antonio Espinosa de los Monteros en 1769 y que se conserva en la Biblioteca Nacional, donde se representa por primera vez de una manera más fidedigna la planta completa de la manzana y de la iglesia en su interior, pudiéndose observar sus capillas laterales¹². Se representan los espacios abiertos de cada manzana, que en este caso, se ha reducido al correspondiente al claustro, la huerta en la fachada de la calle de la Parra y un pequeño sector en la linde con la calle del Tesoro.

11. Idem.
12. Idem.

De ello se puede colegir que el terreno dedicado a huerta fue reducido durante la segunda mitad del siglo XVII y la primera mitad del XVIII. No obstante la constatación de empedrados y pies derechos parecen mencionar la existencia de espacios abiertos en la zona noroeste de la manzana.

Entre la documentación escrita se hallan las menciones que Pedro de Sevilla, fontanero real, hace en 1612 sobre la realización de bóvedas y atarjeas que desde la fuente de la Botica, en la Casa de Oficios, conduce a los aljibes del Monasterio de San Gil y al estanque de la huerta del convento. Posteriormente, el arquitecto Sabatini realiza en 1790 diversas reformas en San Gil, entre ellas el solado con piedra berroqueña de la cocina. Todos estos datos documentales han podido ser constatados arqueológicamente.

Restos arqueológicos

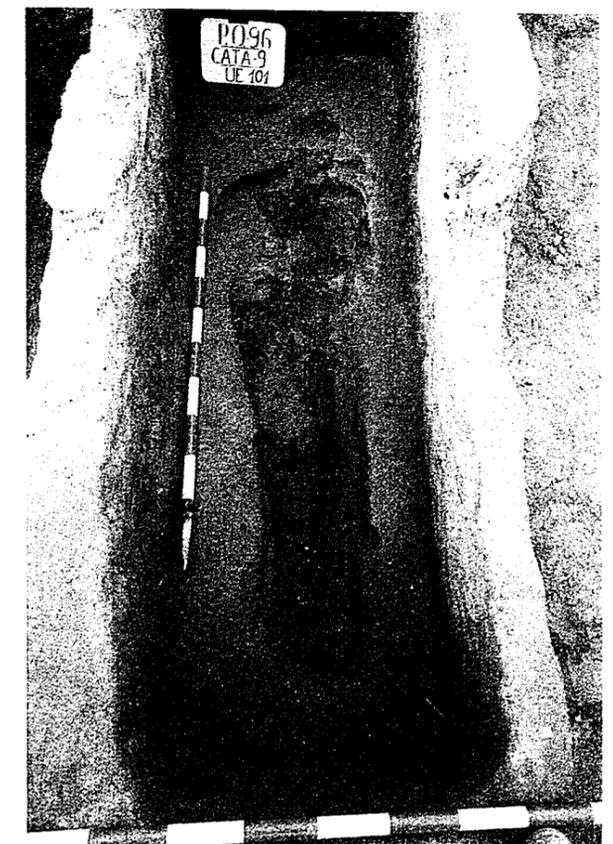
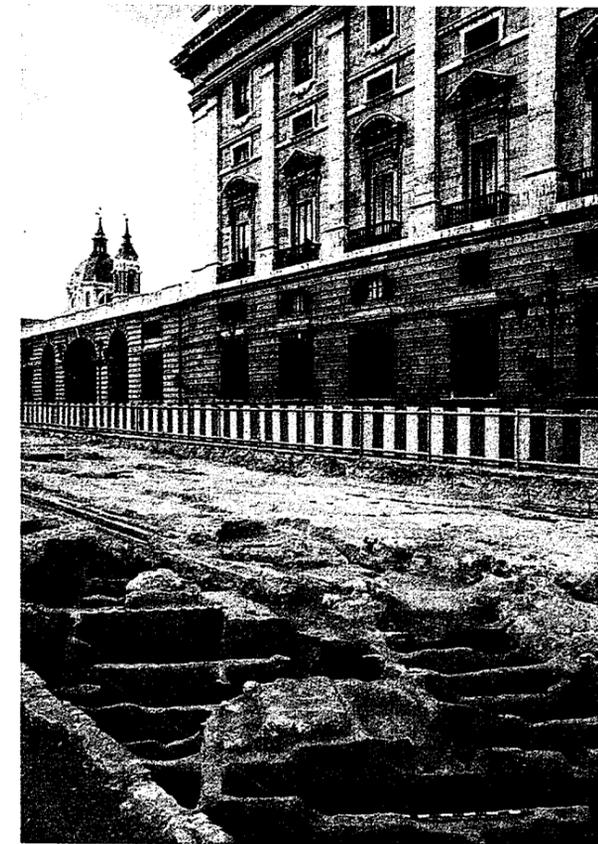
Con estos antecedentes históricos se abordaron los trabajos de campo. La descripción que vamos a hacer de los restos arqueológicos documentados de la iglesia y convento de San Gil el Real ha de ser necesariamente general, y los resultados, de la misma manera, serán provisionales puesto que todavía se encuentran en estudio algunos materiales y muestras. La posibilidad de dar a luz los resultados de un trabajo como el que exponemos es infrecuente, pues los edificios dedicados a monasterios y conventos, de no haber desaparecido o hallarse en ruinas, hecho que puede darse en algunos ámbitos rurales, suelen estar en uso en los ambientes urbanos. Es frecuente, por tanto, que puedan encontrarse dedicados a otros usos, pero también es común que se conserven desde el día de su fundación, como es el caso de los cercanos de La Encarnación o de las Descalzas Reales.

De esta forma estos edificios son estudiados desde la Historia del Arte o desde la Historia Moderna¹³, pero muy raras veces desde la Arqueología Urbana, como es nuestro caso. En esta exposición se establecerán tanto los distintos periodos cronológicos de las diversas estructuras documentadas, así como la descripción de los materiales arqueológicos recuperados, en aras de sintetizar, mediante la conjunción de fuentes históricas, documentos y labores arqueológicas, la historia del edificio, y como consecuencia, aproximarnos a las características de la comunidad de religiosos de fundación real, los frailes franciscanos descalzos, que tuvieron su solar entre aquellos muros y huertos.

Iglesia.

Iniciamos la exposición de los resultados de los trabajos arqueológicos con la iglesia del convento, que aunque ha sido la última en excavar, la describimos primero por constituir, cronológicamente, la primera de las estructuras construidas.

¹³ CASTRO CASTRO, M^a J. ÁNGELES. *El monasterio de Sancti Spiritus de Astorga, 1500-1836: un análisis de una comunidad franciscana en el Antiguo Régimen*. Astorga, 1993. 372 pp.



Es muy probable, como parece desprenderse de las representaciones gráficas de la iglesia, que ésta se encontrara sobreelevada en un plinto de mampostería o sillares. Los arrasamientos y nivelaciones sufridos en la zona por las remodelaciones sucesivas, en especial las del siglo XIX, han terminado con cualquier resto de alzado. Éste debía estar construido, como otras iglesias coetáneas y del mismo arquitecto (Luis de Vega), mediante un basamento de sillares y alzado de cajas de ladrillo y mampuesto. (fig. 3-4)

Se ha confirmado la planta de cruz latina del templo, que ya conocíamos por las fuentes históricas. En la excavación se han documentado la cimentación de los muros correspondientes a la cabecera y a la capilla sur y una serie de pilares rectangulares que deben corresponder a la cripta de la iglesia y que albergaba una necrópolis. Los restos de cimentación están realizados mediante grandes bloques de piedra caliza y pedernal, irregulares y trabados mediante mortero de cal y arena. La potencia de esta cimentación es considerable, teniendo una anchura en torno a metro y medio. En ninguna de las zanjas rellenas del aparejo mencionado se ha podido observar la presencia de los alzados que sustentarían estos cimientos. La cabecera estaba delimitada por dos muros situados en su extremo sudeste, separándola del crucero. La capilla sur se hallaba separada de la nave central por cuatro pilares rectangulares. En

FIGURA 3
VISTA DESDE EL NORTE DE LOS
RESTOS DE LA IGLESIA Y
NECRÓPOLIS DE SAN GIL

FIGURA 4
UNO DE LOS ENTERRAMIENTOS
DE LA NECRÓPOLIS DE SAN
GIL

la cripta pudo observarse la existencia de estos pilares, revocados con yeso y pintados de color negro.

Se ha podido constatar la existencia de los restos de paramentos en el exterior de la capilla sur y ángulo suroeste y la escasa potencia de los cimientos nos hace pensar en que se realizó un forro exterior que posiblemente rodearía toda la fachada sur de la iglesia. Desde el muro oeste de la cabecera se prolonga otro de escasa cimentación y que uniría con el anteriormente descrito, cegando la esquina suroeste de la construcción, lo que la dotaría de un aspecto macizo. Es posible que los restos de estos paramentos daten de 1612-15, con la reforma ordenada por Felipe III, inclinándonos a pensar que la cimentación principal de la iglesia (cabecera y capillas laterales) sean obra de Luis de Vega, que hubiera planteado en su momento las dimensiones básicas del templo.

Necrópolis

La necrópolis se extiende en toda la superficie excavada de la iglesia. Se han registrado dos tipos de tumbas que difieren por su construcción y por su orientación. Las correspondientes a la cabecera son fosas rectangulares de 190x60 centímetros, construidas mediante hileras de ladrillo y trabadas con argamasa de cal y arena, apreciándose en el interior de las mismas una fina lechada de esta misma argamasa. La orientación de las fosas, que difiere de las restantes, es norte sur, pudiendo albergar dos filas de cinco sepulturas adosadas a los muros norte y sur de la citada cabecera. La totalidad de estas sepulturas conservadas aparecen sin restos de inhumaciones, por lo que se haría efectivo el traslado de los mismos, que se menciona en las fuentes documentales.

El resto de las tumbas se distribuye por la nave central y la capilla sur. Todas estas tumbas aparecen excavadas en el terreno natural. Sus dimensiones oscilan entre 180 y 200 cm. de longitud por una anchura media en torno a los 70 cm. mientras que la profundidad conservada oscila entre 90 y 120 cm. La cabecera de algunas de estas tumbas aparece reforzada con medios ladrillos aparejados a tizón. La orientación común de estas tumbas es este oeste, excepto una situada junto al muro este de la capilla sur y otra al oeste del pilar central de la cripta, de reducido tamaño, que contenía solamente inhumaciones infantiles. La capilla sur albergaba diez sepulturas, elevándose a una quincena más las existentes en la nave central.

La mayor parte de estas sepulturas albergaban restos de inhumaciones en número variable, y nunca constatándose la presencia de un sólo individuo, lo cual denota una gran actividad en los enterramientos. En el interior de las fosas se han documentado también restos de madera, chinchetas de bronce, clavos de hierro, asas y argollas, posiblemente relacionados con los féretros y además fragmentos de cerámica y vidrio, recogiendo en algún caso muestras de tejido. Actualmente no se pueden aportar más resultados acerca de los restos humanos, puesto

que se hallan en estudio por el equipo de antropólogos de la Universidad Autónoma de Madrid. De estos análisis se esperan obtener datos sobre sexo, edad, tamaño o patologías, que permitan ampliar información sobre los habitantes del Madrid moderno.

No se ha podido completar, sin embargo, la planta de la iglesia, ya que la casi totalidad de la nave, con los enterramientos que debe contener han quedado bajo los actuales jardines, pero lo excavado creemos que puede ser suficiente para apuntar las dimensiones de uno de los primeros ejemplos de iglesias barrocas madrileñas.

Dependencias del convento

En cuanto a las estructuras identificadas como estancias de servicios del convento, ya hemos mencionado con anterioridad como la manzana en la que estaba ubicado, fue identificada a partir de 1750 con el número 434, delimitada por la acera sur de la calle del Tesoro, al oeste de la calle de la Parra y la manzana de casas 433.

De la excavación arqueológica realizada sobre el solar del convento podemos dividir de una forma genérica los restos aparecidos: parte de las crujiás que formaban el claustro y su patio interior, incluidos los dos aljibes situados en el centro de éste. Rodeando el claustro hacia el norte (Calle del Tesoro), estaban situadas las estancias accesorias del convento (cocina y bodega). Hacia el este (Calle de la Parra), se documentaron las áreas exteriores o huerta. En este área se encontraron estancias y patios con diversos tipos de pavimentos, bajo los cuales existía un red de canalizaciones, así como sistemas de almacenamiento de agua, asociados a los huertos del convento. Estos datos complementan la información archivística que existía sobre la red de canalizaciones para la traída de agua a la capital, conociéndose la existencia de uno de estos viajes bajo la Calle del Tesoro y de una arqueta en el propio convento, frente a la puerta de la Cadena:

« Memoria de lo que io Pedro de Sevilla fontanero de su magd tengo echo (tachón) en la fuente que se lleva desde el arca questa junto a la botica de su magd. asta el estanque que esta en la guerta del monasterio Real de San Gil, en este presente año de mil y seisçientos y doçe y treçe es lo siguiente¹⁴:

» Primeramente y en los encañados que vn desde el arca que esta junto a la vótica [...] asta el estanque que esta en la guerta del convento de San Gil yçe una alcantarilla de alvañilería que comiença desde la entrada de la dicha guerta asta el dicho estanque y asimismo yçe un plan de alvañilería de dieziseis pies de alto, de tres pies de ancho y tres pies de grueso, por donde sube el agua a dicho estanque; yçe una bobeda donde estan las llaves de los desaguaderos de los algives y asente dos llaves pandesaguar los dichos algives, todo esto de alvañilería yçe una atarjea de piedra y cal para desaguar los dichos algives asta la reja questa puesta encima del alcantarilla questa frente de la puerta

¹⁴ AHN. Sec. Estado, leg. 2.549. «Libro de gastos hechos en la construcción del convento de Franciscanos Descalzos de San Gil el Real de Madrid [...]». F^o 150 bis.

por donde entran a las cocinas y quite la dicha tarjea y la volvi a acer una canal de alvañileria que se yço desde los dichos algives asta la dicha reja para el despidente del agua y vaje el suelo de la alcantarilla que va desde la dicha reja questa frente de la puerta por donde entran en las cocunas asta el primer patio que esta en las coçinas de su magd. y por cuenta de toda esta obra tengo recibidos del Sr. Franco Diaz de Losada, pagador de la casa de Castilla myl i duçientos rs. por seis livranças en los años de seisçientos y doce y seisçientos y treçe [...]» (dos notas al margen:) «vea esta memoria Juan de Herrera y tase lo que mereçe» «por muerte, de Juan de Herrera vea esto Alonso Carbonel».

No haremos mención explícita, ya que se expone en otro de los capítulos de la presente publicación, de las estructuras anteriores existentes bajo los muros, pavimentos y cimientos del convento de San Gil. Como en toda la zona excavada durante el proceso de remodelación de la Plaza de Oriente, se han podido documentar estructuras negativas, como son pozos, silos y basureros de época islámica y mudéjar, así como los restos de estructuras relacionadas con la fabricación de recipientes cerámicos. La nivelación sufrida por aquellos es notoria, para la posterior implantación de los edificios de la Edad Moderna.

Tampoco vamos a insistir aquí sobre las numerosas estructuras de canalización situadas sobre los restos y que en su mayoría pertenecen al presente siglo. Alcantarillas, atarjeas y restos de los sistemas de distribución contemporáneos de gas y electricidad, ocupan gran parte de la superficie de las áreas excavadas, que contribuyen a deteriorar aún más si cabe los restos de las estructuras del convento. Se está realizando el estudio pormenorizado de estos elementos constructivos, en especial de los sistemas relacionados con la distribución y evacuación de aguas hasta la primera mitad de la actual centuria, tan presentes en las excavaciones arqueológicas urbanas, pero sin embargo aún tan desconocidos.

Los hallazgos documentados pertenecientes al convento de San Gil están formados principalmente por los restos del ángulo noroccidental del claustro, con al menos parte de la planta de las crujías oriental y occidental. Habría que destacar la presencia de dos grandes aljibes de planta rectangular, y adosados entre sí, que estaban situados en el centro del patio del claustro. Uno de ellos estaba pavimentado con losas de piedra, mientras que el otro lo estaba con baldosas cerámicas. Este último presentaba la huella, en el revestimiento interior de una de las paredes, del roce de la cuerda y del cubo utilizados para la extracción de agua. (fig. 5)

En el extremo sur de la crujía occidental del claustro, y afectando también a la capilla lateral norte de la cabecera de la iglesia, se encontraron los restos de la cimentación de una de las glorietas del proyecto de remodelación de la Plaza de Oriente, que realizó el arquitecto Isidro González Velázquez, a comienzos del siglo XIX. Remitimos a uno de los capítulos de la presente publicación para una completa relación de todos los aspectos relacionados con este proyecto, así como para la descripción pormenorizada del derribo de la iglesia y con-



FIGURA 5
UNO DE LOS ALJIBES DEL INTERIOR DEL CLAUSTRO

vento de San Gil, realizada bajo el reinado de José I, y que sería el punto de partida de la creación y posterior urbanización del espacio que hoy conocemos con el nombre de Plaza de Oriente.

Al exterior de lo que se pudo identificar como dependencias de servicios, se ha documentado la zona de huertas, así como restos de cimientos de orientación esteoeste que, adosados a la mencionada pared norte del convento, hacia la calle del Tesoro, debía de componer un área de servicios, quizás dedicada a caballerizas, como se menciona en la documentación histórica conocida. Al sur de esta zona, en la huerta se constató primeramente la presencia de una balsa, excavada en el terreno natural, para la recogida de aguas, sobre la que con posterioridad se construyó una alberca de ladrillo con canales de alimentación y desagüe, donde probablemente se criarían peces para el consumo de los frailes. Por medio de un sistema de canalizaciones, se recogía el agua de lluvia de los diversos patios, que vertía en el estanque junto a la canalización del arroyo de la Parra. (fig. 6)

En esta zona de huerta, se documentaron áreas de deposición de restos orgánicos e inorgánicos, es decir, basureros excavados en el terreno natural, que seguramente tendrían como finalidad la descomposición de elementos orgánicos para generar abono. Toda esta zona, sufrió diversas remodelaciones, tal y como se ha podido documentar gracias a los restos de empedrados, en los que se han podido registrar diferentes superposiciones y reestructuraciones de los patios y sus respectivas canalizaciones.

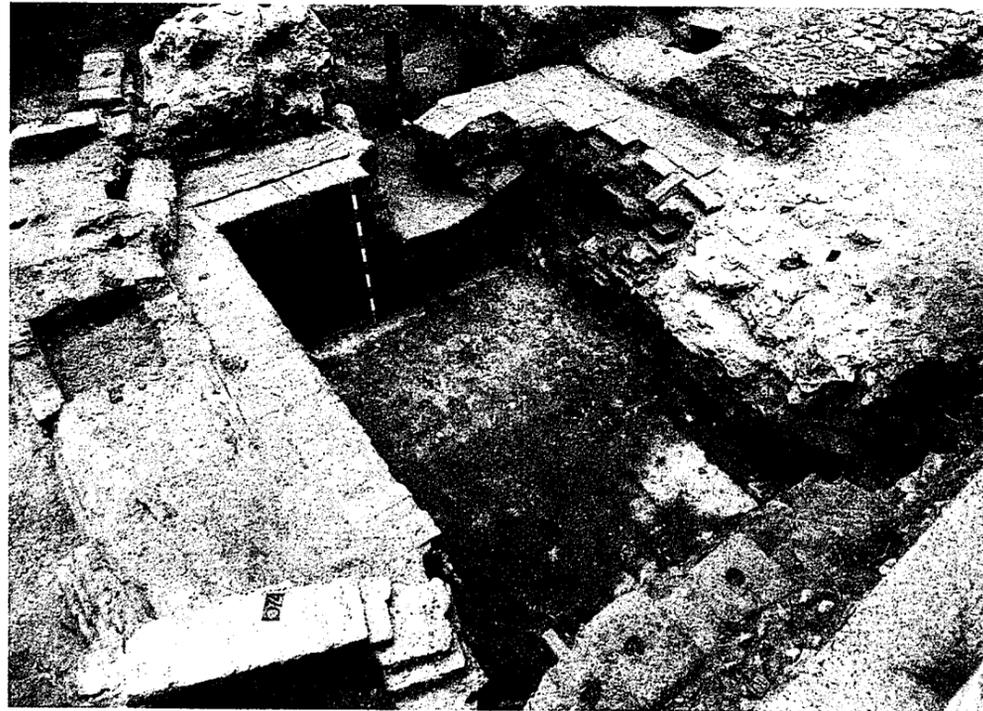


FIGURA 6
ALBERGUE SITUADA EN EL
HUERTO

FIGURA 7
BODEGA SITUADA BAJO
LA CRUJÍA NORTE
DEL CLAUSTRO



El área, como queda dicho, estaba dominada por los espacios abiertos y al igual que ocurre en toda la excavación, la parte situada más al sur era la más afectada por la explanación. En esta zona meridional las estructuras aparecían cortadas a ras como venía siendo habitual. Por el contrario, en la zona norte además de unidades menos destruidas, también encontramos el terreno natural con la pendiente original y sus ondulaciones y barrancadas. Aquí el terreno se había conservado puesto que quedaba por debajo de la cota de nivelación.

Bodegas

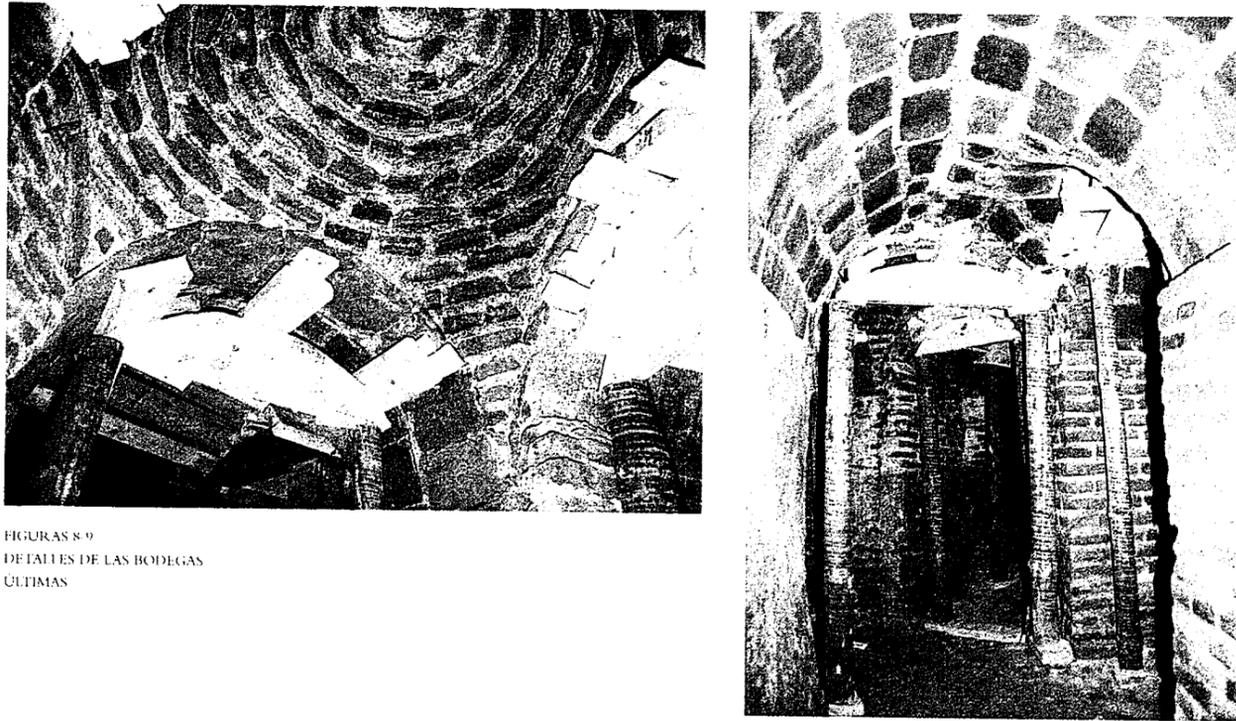
A una serie de estructuras subterráneas que se encontraban situadas en la zona de huertos, se accedía por medio de una escalera tallada en el terreno natural. Se trataba de una bodega consistente en un gran galería de dirección norte-sur, con nichos a ambos lados, algunos de los cuales se encontraban forrados al interior con ladrillo o piedra, todo ello excavado en el propio terreno natural. Esta bodega, pensamos podría pertenecer al primer momento de fundación del convento, por nosotros denominado como *San Gil I*, aunque bien pudiera haber sido excavada en un momento previo a la ubicación del mismo en este solar. (fig. 7)

Posteriormente, y bajo la habitación achaflanada situada en la esquina de la Calle del Tesoro y la Plazuela de San Gil, quedaron ubicadas las bodegas correspondientes a la primera ocupación del convento como tal (*San Gil II*). Sin embargo, con el retranqueo de la fachada en 1612, fue necesario su traslado, utilizándose entonces como basurero hasta su colmatación (de la excavación de este basurero se obtuvieron las mejores piezas cerámicas, así como un elevado número de muestras que aun permanecen en estudio por los especialistas).

Por este motivo, fue necesario entonces la excavación de unas nuevas bodegas que se situaron bajo la galería septentrional del claustro, cerca de la cocina. Éstas, a diferencia de las anteriores, tenían cubierta de bóveda de medio cañón y estaban revestidas de ladrillo. En las intersecciones de las áreas de circulación subterránea se excavaron pequeñas cúpulas, que fueron forradas del mismo material. En este lugar se acomodaron una serie de hornacinas para albergar recipientes de almacenamiento de alimentos. Estas bodegas, correspondientes al último periodo, fueron cegadas cuando el convento fue ocupado por las tropas francesas, pocos meses antes de su demolición. (fig. 8-9)

Cocina

De las estructuras pertenecientes a las dependencias conventuales, quizás destacaba, por quedar mejor conservada que las restantes, la de la cocina, situada fuera del complejo del claustro y en la crujía que se adosaba a la pared sur de la calle del Tesoro. No obstante, las estructuras que se hallaron levantaban escasos centímetros del nivel del suelo, aunque fueron suficientes para permitir su identificación.



FIGURAS 8-9
DETALLES DE LAS BODEGAS
ÚLTIMAS

La cocina, que se pavimentó con losas de granito en su momento final, tenía unos fogones de obra adosados al muro oeste, así como un horno de pan en el centro de la habitación. Este horno era de planta elipsoide con un orificio en forma de ojo de cerradura en su centro, resto de la estructura aérea arrasada del mismo. Para su construcción se dispusieron varias capas de ladrillo y teja rota ligada con arcilla cruda, y la parrilla del horno se hizo con baldosas cuadradas de arcilla cocida de 45x45 cm., mientras que el alzado de la bóveda debió de ser también de arcilla cruda, forrándose la cámara con ladrillo, según se podía aventurar de lo conservado. El interior de la cámara aún retenía una fina capa de ceniza. (fig. 10-11)

Sistemas constructivos

Durante la excavación arqueológica, se pudieron documentar las diferentes reformas que un edificio como el convento de San Gil, sufrió a lo largo de su historia. En muchos casos, éstas han podido ser también conocidas y estudiadas gracias a la labor de archivo.

Numerosas son las reformas que efectivamente se han constatado, en especial las realizadas en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando el estado de las edificaciones ya debía de



FIGURA 10
HORNO DE PAN SITUADO
EN LA COCINA



FIGURA 11
CIMENTACION DE LOS
FOGONES DE LA COCINA

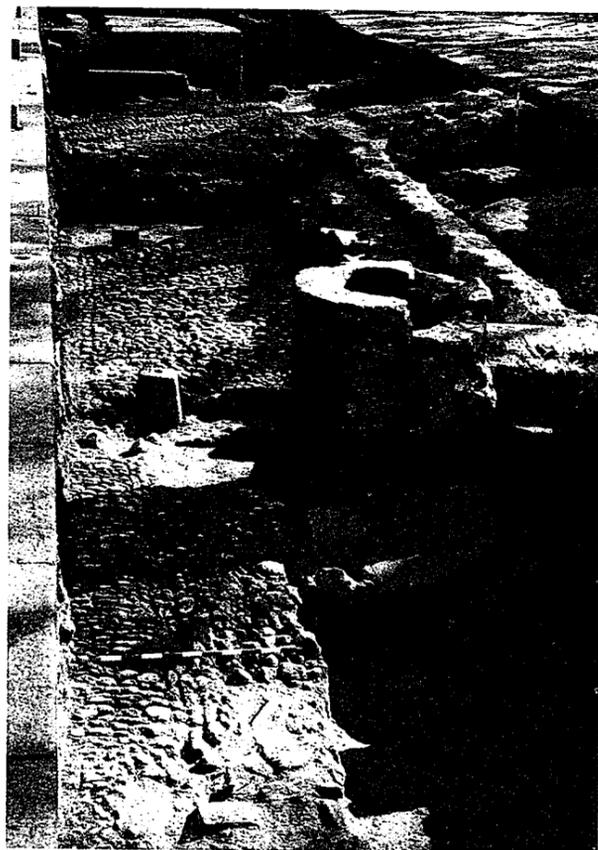


FIGURA 12
PAVIMENTACIÓN DEL PATIO DE ACCESO
DESDE LA CALLE DE LA PARRA HACIA EL INTERIOR DEL CONVENTO

apuntar a la ruina. Así eran frecuentes los retejos generalizados, los cambios de dispositivos para la recogida de aguas, como los canalones de hoja de lata, y sobre todo los solados, en especial los cerámicos que tanto sufrían en el continuo devenir diario de la comunidad.

La factura de los muros es prácticamente similar en todos sus momentos. Sobre una cimentación de nódulos de pedernal trabados con mortero de cal, se sitúan los alzados de cajas de ladrillo y tapias de tierra, en el que se abren directamente los vanos. Dado las cotas de arrasamiento sufridas por el conjunto, necesarias para la nivelación de las superficies que permitiesen urbanizar la plaza posterior, estos alzados no son muy frecuentes, conservándose sobre todo el nivel de cimentación de los muros de carga. En el interior de las crujías se aprecian restos de tabiquería realizada en ladrillo y revocada con yeso. Otros elementos accesorios también han podido documentarse, aunque no olvidemos que el proceso de derribo procuró recuperar cualquier elemento reaprovechable, por lo que en la mayoría de las ocasiones la excavación arqueológica exhumaba los restos materiales dejados tras un sistemático desmontaje de todos los enseres, aditamentos e incluso elementos constructivos.

Los pavimentos más usuales son los empedrados de canto rodado con espina central, para los patios exteriores, así como la baldosa cerámica, bien rectangular para las zonas de cir-

culación, dispuesta en dobles hileras a soga y adosadas a los muros, o bien en diagonal en el centro de los pasillos. Generalmente eran cuadrangulares para la pavimentación general de estancias, y hexagonal para los umbrales o pavimentación de vanos de comunicación. Junto a estos elementos también se han recuperado algunas basas de piedra, de las utilizadas para la sustentación de pies derechos, lo que nos lleva a pensar en la existencia de algún área porticada, tal y como ocurre en algún otro convento de la misma orden y época. (fig. 12)

La vida del convento finalizó durante el periodo de ocupación francesa. Desde 1808 sirvió como alojamiento para las tropas invasoras, y en 1809 José I Bonaparte encargó a Juan de Villanueva el derribo de toda esta zona, siendo el convento el primer edificio que desapareció. Con motivo de esta intervención, fue necesario el traslado de los cadáveres que permanecían enterrados bajo la iglesia. Los restos de los franciscanos se llevaron a la iglesia de San Francisco el Grande, y los de personalidades relevantes a las parroquias de San Juan y Santiago, permaneciendo a pesar de todo algunos cadáveres en el sitio.

Materiales

La mayoría de materiales recuperados en el Convento de San Gil el Real, son en gran número de uso cotidiano, aunque no por ello menos interesantes, puesto que nos aproximan al conocimiento del menaje conventual.

Los tipos más representativos de estas producciones de cerámica común entre los siglos XVI y XVIII son: escudillas (es decir, platos acucados, cuyo número en la Plaza de Oriente es elevadísimo), ollas, pucheros, cántaros, cantarillas, jarros, tinajas, etc. Los platos, las grandes fuentes y las jarras serían sin embargo más frecuentes entre las producciones de loza de mejor calidad.

Como se puede suponer, para el conocimiento de los alfares productores de este tipo de cerámica doméstica y funcional, se cuentan con menos datos que para los grandes centros de producción, a pesar de lo cual, se han podido establecer ciertos grupos cerámicos, entre los que se pueden citar: pucheros y cazuelas producidas en los alrededores de Madrid, cantarillas de un barro blanco muy apreciado producidas en Ocaña, cántaros posiblemente traídos de Campo Real, tinajas del Toboso o de Colmenar de Oreja, orzas y jarras vidriadas en blanco como las toledanas, y numerosas escudillas y fuentes con un vidriado melado, que eran fabricadas en Alcalá de Henares. Conviene apreciar como esta cerámica común y de uso doméstico llegaba a Madrid proveniente de alfares próximos, siendo por tanto más barata que aquellas piezas de mejor calidad, que además solían recorrer largas distancias hasta sus mercados finales.

Es evidente por tanto la diferencia entre los materiales de buena calidad (variables con el paso del tiempo), y los de uso doméstico (que experimentan escasos cambios), sin embargo

tanto unos como otros aparecieron indistintamente en diferentes partes de la excavación, aunque en distintos porcentajes. Así, a pesar de que en las dependencias del convento de San Gil el hallazgo de escudillas fue mayor, en esta misma zona aparecieron algunas jarras decoradas de apreciable valor, y a la inversa ocurrió en la pequeña parte excavada de la Casa del Tesoro, donde también se recuperaron cerámicas más funcionales que decorativas.

Es de destacar la recuperación de numerosos fragmentos de restos animales procedentes de los desechos de la dieta conventual, en especial la presencia de restos de espinas de pescado, así como cáscaras de huevos, que convenientemente estudiados, aportarán nuevos datos sobre la dieta seguida en el último siglo de vida del convento.

Conclusiones

Así como se conservaban todas las plantas de las manzanas de casas que ocupaban el espacio de la actual Plaza de Oriente, gracias a la planimetría de 1750, no se conocía la correspondiente a la manzana número 434 o del convento de San Gil. Por este motivo, han sido de gran importancia los resultados obtenidos tras la excavación puesto que, como se ha mencionado en párrafos anteriores, se han podido documentar los diferentes momentos de habitación del edificio, del mismo modo que se ha comprobado que la disposición conventual se corresponde con la de algunos ejemplos coetáneos de conventos franciscanos.

Somos conscientes que esta búsqueda de paralelos podría llevarnos muy lejos, y que estas investigaciones por sí solas bastarían para una publicación completa. No obstante hemos de señalar que el conjunto de San Gil pertenece plenamente al modelo de los establecimientos monacales ya de plena Edad Moderna. Por ello, el sistema de celdas individuales debía situarse en torno al claustro, quedando ya lejos el modelo de los conventos medievales de dormitorio común. El hecho de no haberse documentado celdas en las dos crujías excavadas, creemos que puede deberse al emplazamiento de las mismas en el piso superior, lo cual era frecuente en otros monasterios. Sabemos además, por la documentación archivística que el convento de San Gil tenía un piso superior, ya que se tiene constancia de la realización de reparaciones en la escalera principal y de la existencia de un pasadizo volado sobre la Calle del Tesoro. Desgraciadamente, los restos de cimientos conservados eran muy escasos, y sólo han permitido intuir parte de la planta general del convento, así como la distribución de sus ámbitos más representativos: claustro, patio, cocina, iglesia, necrópolis y huerto.

En cuanto a los paralelos a los que nos referíamos, en la villa de Alcalá de Henares, se ha estudiado recientemente la evolución de la vida monacal desde la Edad Media a la Moderna (Román Pastor, 1988), concretamente con las reformas acaecidas en las ordenes religiosas a

partir del *Concilio de Trento* (1559). En los conventos fundados desde la segunda mitad del siglo XVI, como es el de la Concepción Francisca, ya aparecen los tres elementos fundamentales de los establecimientos del clero regular de la villa, como son la iglesia, la vivienda dispuesta alrededor de un patio y la huerta con una zona de servicios. La autora menciona la marcada uniformidad en la conformación de los edificios, con las celdas en la planta superior y las áreas comunes en la inferior, tales como el refectorio, la sala capitular y la biblioteca, aunque no existe un tratamiento arquitectónico específico en cada una de ellas, sino que la autonomía de cada establecimiento debía de primar a la hora de adaptar unas estancias y servicios, indispensables pero no uniformes.

Por ello el módulo de iglesia, edificio conventual articulado alrededor de un claustro y área de servicios exteriores o huerta, también es el usual en los conventos de la orden franciscana. No obstante este módulo se ve adaptado en cada lugar a las necesidades y características propias del solar sobre el que se instala. Poco tienen que ver por ejemplo si comparamos la planta del convento de San Francisco de Oviedo, con su iglesia de tres ábsides en la cabecera, claustros principal y secundario, cementerio nuevo y huerta de gran extensión¹⁵ y la del convento de Santa Clara de la misma ciudad, que por ejemplo presenta el esquema de iglesia de una sola nave, claustro adosado a su fachada oeste y dependencias en torno a los lados sur, oeste y norte del mismo. Las dimensiones de la manzana en el que se inserta le impide tener huerta, mientras que en el centro del claustro tiene un pozo, para servicio del área central del mismo¹⁶. La construcción de este convento data de mediados del siglo XVIII, presentando dos pisos, sobre una galería de arcos, hecho común en otros edificios conventuales del momento.

Ello mismo ocurre en el monasterio de Sancti Spiritus de Astorga (1500-1836)¹⁷. En este lugar y en el año 1592 se sustituye el dormitorio común por celdas individuales, que disponían de sala, dormitorio, oratorio, cocina y chimenea, algunas con dos plantas, dando otras al corredor del claustro, de dos pisos, cosa común en otros conventos de la época. El estudio también se nos presenta como una aproximación sucinta, pero explícita, a la vida del monacato y a sus integrantes, hecho que en el convento que nos ocupa en este estudio debe de derivar forzosamente del examen de la documentación histórica conservada en distintos archivos.

En la planta de este edificio leonés podemos observar también el hecho usual de adosar la iglesia al claustro, de forma que una de las fachadas exteriores de aquella, sea medianería con el lado de este que no presenta crujía, la reutilización de las esquinas entre las cercas exteriores y los cuerpos construidos como pequeños patios y la escasa apertura de huecos al exterior, funcionando el convento, en plena ciudad medieval o moderna, como un vago recuerdo de aquellas primeras casas medi-

¹⁵ ALONSO ÁLVAREZ, RAQUEL. *La arquitectura franciscana en Asturias: de la fundación a la desamortización*. Oviedo, 1995, p. 109.

¹⁶ Idem, p. 113.

¹⁷ CASTRO CASTRO, M^o J. ÁNGELIS, op. cit.

terránicas que se articulaban en torno a un patio central y que se extinguían para usos civiles y no religiosos con la remodelación de las ciudades recién conquistadas a las autoridades islámicas de la Baja Edad media del sur de la Península Ibérica.

Concluimos aquí esta primera aproximación a la realidad histórica de un monumento extinguido. Hemos intentado dar a conocer la evolución de un edificio a través de los siglos, desde el traslado de su primitivo emplazamiento, a la ampliación del mismo y su conversión en convento, así como su vida, la posterior dispersión de la comunidad religiosa que lo habitaba y la desaparición de las estructuras que lo formaban. Estos procesos vuelven hoy a la luz merced a la conjunción de diversos factores, entre los que se encuentra la propia dinámica de la ciudad, y su reforma y adaptación al presente, hechos que ya en el siglo XIX afectaron a la iglesia y convento de San Gil el Real. Hoy, merced a los trabajos arqueológicos desarrollados con motivo de las obras de remodelación de la Plaza de Oriente, podemos recordar, conocer, y lo que creemos más importante, explicar los procesos históricos, que no por lejanos, carecen de interés para el conocimiento del pasado y presente de la ciudad de Madrid.

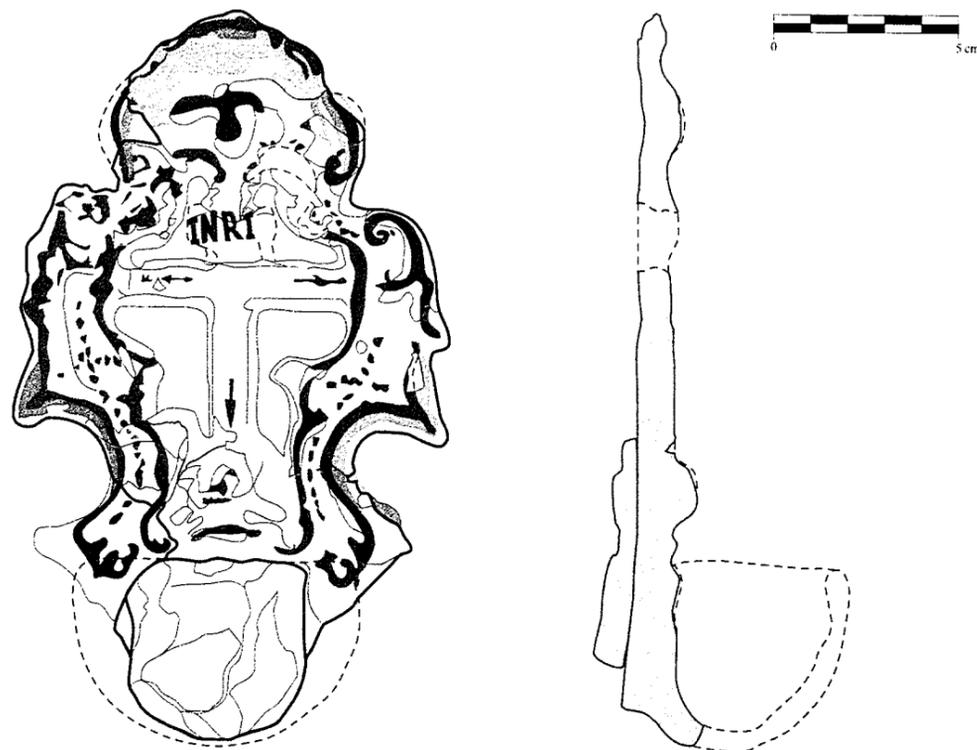


FIGURA 13.
PILA BENEDITERA ESMALTADA
EN BLANCO CON DECORACIÓN
EN AZUL Y CRUZ DE
RELIEVE, SIGLO XVIII.

BIBLIOGRAFIA

ALONSO ÁLVAREZ, RAQUEL.
La arquitectura franciscana en Asturias: de la fundación a la desmortización. Oviedo, 1995. 205 p.

ALAVAR EZQUERRA, ALFREDO
El nacimiento de una capital europea. Madrid entre 1561 y 1606. Turner Libros, Madrid, 1989. 340 pp.

BARBEITO, JOSE MANUEL
El Alcázar de Madrid. Madrid, 1992. 341

CASTRO CASTRO, M^a, J. ANGELES
El monasterio de Sancti Spiritus de Astorga, 1500-1836: un análisis de una comunidad franciscana en el Antiguo Régimen. Astorga, 1993. 372 p.

CHECA, FERNANDO (dir.) (Catálogo de exposición)
El Real Alcázar de Madrid. Dos siglos de Arquitectura y coleccionismo en la corte de los Reinos de España. Madrid, 1994. 532 pp.

GERARD, VERONIQUE
De Castillo a Palacio. El Alcázar de Madrid en el siglo XVI. Libros de Arquitectura y Arte. Xarait Ediciones. Bilbao, 1984. 182 p<g.

MORA PALAZÓN, ALFONSO (Coord.)
Los planos de Madrid y su época (1622-1992). Madrid, 1992. 547 pp.

PONZ ANTONIO
Viaje de España, vol. 2, Tomos V-VIII. Editorial Aguilar. Madrid, 1988. pp. 104105.

QUINTANA ; JERÓNIMO DE
A la muy antigua, noble y coronada Villa de Madrid. Historia de su antigüedad, nobleza y grandeza. Madrid, 1629. Libro Tercero, Capítulo CII (p. 431 v432 r).

TOVAR MARTIN, VIRGINIA
Arquitectura madrileña del siglo XVII. Datos para su estudio. Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1983. 904 pp.